

“Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE”

Lc 1, 42

CARTA DE COMUNIÓN | PASCUA DE NAVIDAD, 2023-2024

LAS ENTRAÑAS DE MARÍA

Dios, en las entrañas de una madre. “Concebirás en el seno y darás a luz un hijo” (Lc 1, 31). El que es “superior summo meo” (S. Agustín, *Confesiones* III, 6, 11), que todo lo trasciende y es superior a todo lo creado, se hace “intimior intimo meo” (*Ibidem*). Ha tomado de lo nuestro todo, hasta una madre, para ser hijo y así mostrarse al mundo y salvarlo en su propia condición filial. El Dios de los cielos habitando una entraña materna. Esa ha sido también nuestra propia historia, de las entrañas de una mujer venimos (Cf. Sal 86,7), también Jesús.

Habitar en las entrañas de María significó “entrar muy adentro” (*interus*), en el más adentro (interior) de la mujer, en lo más íntimo (*intimus*), allí de donde se sale para no volver porque el vientre materno, el seno, las entrañas, son la morada de lo más pequeño que en ellas y solo en ellas puede crecer, ser alimentado, custodiado, guardado... “Tú formaste mis entrañas; me has tejido en el seno de mi madre” (Sal 139, 13-16).

El símbolo perfecto de lo humano es la maternidad, y su icono es María, como cuenco que recibe y hospeda al Hijo con una receptividad absoluta y una responsabilidad total por el Hijo y por todos los hijos (“Mujer, ahí tienes a tu hijo” Jn 19, 26). Ella visibiliza que lo humano es materno, y que ser humano es vivir con entrañas de madre.

Dios se hace pequeño, muy pequeño, en la Encarnación; anida en una matriz pequeña, muy pequeña, la de una joven virgen que no ha parido nunca. Y allí, este “mínimo” Dios, aún invisible, se encarna en este mundo, ya embarazado de Dios como María, en María, por María.

LAS ENTRAÑAS DE LA MEMORIA “María guardaba todas estas cosas en el corazón” (Lc 2, 19)

Oí contar a mi madre muchas veces cómo había sido el nacimiento de mi hermano, de mi hermana, el mío propio. Lo contaba con emoción y ternura, tal y como ese momento preciso había quedado en su memoria. Y era tan real el relato que me parecía haber estado yo misma presente en mi propio nacimiento. ¡La memoria de las madres, de las que han parido y no pueden olvidar el parto!

“María guardaba todas estas cosas en su corazón”. Las palabras de Lucas advierten de la apertura de ese otro espacio interior tan vasto y propio, en el que se va depositando lo que se vive, en el que se sedimenta una existencia que tiene mucho que proteger, guardar, recoger, para encontrar un sentido o para no ignorar y olvidar lo vivido. Son las entrañas de la memoria, el corazón, al que se vuelve re-cordando para ir comprendiendo o saboreando la vida. Guardar en el corazón nos hace imaginar a María volviendo muchas veces a esas entrañas para no olvidar, ni ignorar, ni abandonar el don recibido.

Recordar para comprender los signos (*sympallein*), ir uniéndolos y rellenando vacíos de comprensión que los acontecimientos dejan, escuchar los interrogantes sin respuestas, asumir las lagunas disecadas por el tiempo. Volverá una y otra vez a recordar cómo fue que la Luz le atravesó toda entera y la dejó grávida de Amor por el Hijo, cómo fue que la Voz de lo alto le reveló la identidad de ese Hijo, cómo fue... Guardaría todos los momentos con el estupor por la desconocida plenitud de gracia, de gozo y de paz; con temblor y temor también, como criatura a la que le sobrepasa el acontecimiento; con el silencio que brota del milagro, de lo inexplicable,

del abismo a los pies, de la montaña enfrente, del horizonte del mar sin orillas, de la brisa nocturna confundida con el batir de alas...

Y qué es recordar sino ralentizar la vida para retenerla y que no se nos escape de las manos, porque la memoria nos permite salir del vértigo de la aceleración que consume el tiempo, los espacios, las relaciones y la vida sin vivirlos plenamente, para reposar en las experiencias habidas y esperar pacientemente a que brote la sabiduría necesaria en el camino...

María le contaría a Jesús muchas veces cómo sucedió y dónde y qué vino a ocurrir después, cuando le vio tan pequeño, en una cuna improvisada, allá en Belén. ¿Cómo poder explicar lo inexplicable? ¿Cómo puede contener una gota de rocío un mar sin orillas?

Recordar es, pues, entrar en esta segunda entraña de la memoria para revivir, buscar más allá, al fondo, el plan del Padre sobre este Hijo suyo y de José, al que, tal vez, solo debían acoger, amar, enseñar, cuidar... y dejar marchar a las cosas del Padre (Cf. Lc 2, 49).

ENTRAÑAR LA VIDA

Que seamos la entraña en la que Dios ha hecho morada es un inexplicable misterio, aunque cierto: el mundo está "embarazado" de Dios. Dios está aquí pero, no solo envolviéndolo todo, sino habitándolo, porque en la entraña de lo Creado Él ha puesto su morada.

A la vez sentimos la Voz profunda y también cierta de que toda la creación habitamos en Él porque "en Él somos, nos movemos y existimos" (Hch 17, 28). En Él radica la misma posibilidad de existir, de ser, de habitar, de Vida y Vida abundante. Somos porque somos en Él. Vivimos en una mutua inhabitación, vivimos en una *entrañación* mutua.

María nos enseña a "entrañar la vida" aprendiendo a guardarla en el corazón y a dejar que el Señor vaya depositando en nosotros sus Palabras, sus Signos, su Presencia, su Amor... Entrañar la vida para que no pase, fugitiva, sin dejar rastro y solo deje sinsentido, confusión o vacío... Vivir como quiso comenzar a vivir Él, desde dentro, entrando en las entrañas de la Virgen, abrazando la vida que le fue dada por el Padre, asumiendo el coste de vivir y de dar la vida en rescate de todos.

Entrañar la vida, como María, es hacer la existencia entrañable, la propia y la ajena, y tener entrañas de misericordia (*hesed, rahamim*), de compasión y de ternura (Sal 107, 1; Hch 17, 28ss). Unas entrañas dilatadas por la caridad (Cf. S. Agustín, *Sermo* 350, 2-3), por la memoria, que no deja que el olvido se adueñe de nuestra humanidad porque tenemos mucho bueno que recordar, y por la interioridad, creciendo por dentro y hacia dentro para que de allí brote una fuente de vida para el mundo (Cf. Sal 87, 7).

Os invito a hacer memoria agradecida alabando al Señor por todo lo que nos ha sido entregado por pura Gracia suya; adorémosle, porque quiso nacer entre nosotros para salvarnos y darnos la Vida. A Él la gloria y la alabanza, a Jesús, el Hijo de Dios y de María.

En medio de un mundo en guerra, en conflictos continuos, Él viene de nuevo y su venida detiene la temida deriva hacia la destrucción y el caos, haciendo de este mundo un lugar entrañable en el que se cumple la profecía añorada (Cf. Is 11, 6-7; 2, 2-5).

Feliz y entrañable Navidad 2023 y buen nacimiento del Año Nuevo 2024, año en el que iniciaremos nuestra Celebración Jubilar, los 25 años de camino desde el inicio de nuestra comunidad.

M. Prado
Presidenta Federal
Federación Conversión de S. Agustín